

Chabolo, patio y escuela

Etnografía del internamiento
en un centro de menores infractores

IGNACIO ALCALDE SÁNCHEZ



Chabolo, patio y escuela

Ignacio Alcalde Sánchez

Chabolo, patio y escuela
Etnografía del internamiento
en un centro de menores infractores

Granada, 2021

COLECCIÓN:
ANÁLISIS Y CRÍTICA SOCIAL

14

director de la colección:
JOSÉ LUIS SOLANA RUIZ

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Análisis y Crítica Social», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Diseño de cubierta: basado en una idea de Isa Heredia (in memoriam)
Maquetación: Comba Studio

© Ignacio Alcalde Sánchez

© Editorial Comares, 2021

Polígono Juncaril

C/ Baza, parcela 208

18220 Albolote (Granada)

Telf.: 958 465 382

<https://www.comares.com> • E-mail: libreriacomares@comares.com

<https://www.facebook.com/comares> • <https://twitter.com/comareseditor>

<https://www.instagram.com/editorialcomares>

ISBN: 978-84-1369-149-7 • Depósito legal: Gr. 388/2021

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: COMARES

Marcar la diferencia nos lleva simbólicamente a cerrar rangos, amurallar la cultura y estigmatizar y expulsar todo lo que pueda ser definido como impuro o anormal. Paradójicamente, sin embargo, eso también vuelve a la diferencia poderosa, extrañamente atractiva, precisamente por estar prohibida, ser tabú o representar una amenaza contra el orden cultural. Así, a menudo, lo socialmente periférico se vuelve simbólicamente central.

(BABCOCK,1978)

Sumario

INTRODUCCIÓN	XIII
1. ETNOGRAFÍA. ALGUNAS ACLARACIONES PREVIAS Y NECESARIAS	1
2. EL CIMI Y MENORES INFRACTORES, ALGUNAS GENERALIDADES TAMBIÉN NECESARIAS	9
3. LOS RECOVECOS DEL CIMI	15
4. EL INGRESO	23
5. LLORAR, LLORAR Y LLORAR	31
6. POR ROBAR UN MÓVIL. SI ES QUE TIENES LA NEGRA	37
7. COMER SUELO	45
8. PRIMER INCISO: UNA REFLEXIÓN ACERCA DE LA VIOLENCIA Y EL CONTROL DE TODO ESTO	51
9. 56 DÍAS PARA IRME	61
10. EL CHABOLO	67
11. LA NOCHE, LOS RUIDOS, LOS GOLPES, LAS PASTILLAS Y LOS FANTASMAS ...	75
12. SURMANO, SUPRIMO	83
13. LA ESCUELA	99
14. SEGUNDO INCISO: LAS INSTITUCIONES Y LA TEORÍA DE ROLES COMO EJES DE NUESTRO ANÁLISIS	107
15. SEXO, DROGAS Y REGUETÓN	121
16. EL PATIO	131
17. A QUE ME DÉ EL AIRE	139
18. TATUAJES Y FLEXIONES	147
19. TERCER INCISO: SISTEMAS EXPERTOS, UN ANÁLISIS DE LO QUE NOS VIENE	165

20. EL LIDERAZGO, LAS NORMAS Y LOS CÓDIGOS	173
21. LA LIBERTAD	183
22. EPÍLOGO. EL ETNÓGRAFO INOCENTE	187
BIBLIOGRAFÍA	193

«Llevo un rato despierto. No puedo dormir bien. Escucho al educador dar la indicación al seguridad de que nos abran los cuartos en los que hemos estado cerrados bajo llave toda la noche.

Comienza el día.

El educador pasa cuarto por cuarto despertándonos a todos. Tras la fase de Ingreso y Observación en la que hemos aprendido la normativa y se nos ha despojado de los malos hábitos (o vicios) que traíamos del exterior, pasas a un hogar con el resto de los compañeros. Ahí te dan un cuarto, sólo o con compañero, con baño propio y tienes un salón común donde hay televisión y equipo de música.

Ahora toca levantarse. Vestirse, hacer la tarea de limpieza que te toca según el cuadrante (limpiar el polvo, barrer, fregar, etc.), hacer tu cama y prepararse para bajar a desayunar.

Una vez que lo hemos hecho y estamos todos, movimiento hacia el comedor. Antes un breve cacheo. En fila, en silencio, las manos fuera de los bolsillos, bajamos al comedor.

Desayunamos.

Se inicia de nuevo el movimiento de vuelta al hogar. Momento para cepillarse los dientes y tiempo de espera hasta que los demás hogares hayan terminado y nos vayamos para la escuela. Tiempo para pensar o dormirar otro rato.

Movimiento. De nuevo cacheo, fila, silencio y escuela. Nos dividimos por grupos según el nivel y la asignación del maestro de escuela.

A mitad de la mañana tenemos un tiempo de recreo. El seguridad nos avisa. Detenemos la clase. Cacheo. Movimiento hacia el patio. Patio. Y movimiento de nuevo hacia la escuela. Esta vez el registro es más minucioso ya que venimos del patio exterior por lo que hay más riesgo de que alguno se haya escondido algo.

De nuevo escuela hasta el mediodía. Fin de las clases por hoy. Recogemos. Fila. Cacheo. Movimiento hacia nuestro hogar.

Tiempo de ducha.

A veces nos cierran con llave. Algunos se duchan, otros nunca. También se aprovecha para hacer ejercicio, escribir una carta o escuchar música tumbado en la cama.

Abren puertas. Cacheo. Movimiento hacia el comedor. Comemos. Movimiento de vuelta al hogar. Tiempo libre durante la siesta y hasta la hora de los talleres.

Avisa el educador, cacheo y movimiento a los talleres.

Talleres.

Fin de los talleres. Registro exhaustivo con detector y sentadillas. Movimiento de vuelta al hogar.

Tiempo de ducha. Unos sí, otros no. Ejercicio. Música. Releer cartas. Hora de la cena (durante el taller hemos merendado). Cacheo y movimiento al comedor.

Cena.

Movimiento hacia el hogar.

Tiempo libre hasta la hora de dormir. Ver la televisión. Escuchar música. Escribir cartas. Jugar al ajedrez. Pasamos a cuartos.

El seguridad nos cierra con llave y avisa de que todo el hogar está cerrado a control. Al cabo de un rato se apagan las luces.

Comienza la noche.

El educador no ha venido a comunicarme ninguna sanción, ni al mediodía ni por la noche por lo que he cogido los dos créditos de hoy. Tiempo para dormir. Espero no darle vueltas a la cabeza con nada. Mejor dormir. Ojalá esta noche no hagan mucho ruido ni golpeen las paredes.

A la cama.

Un día menos.»

Introducción

Sentencia, chabolo, medida, fases, créditos, recurso, pernocta, salgo, paso, giro, maestro-me-levanto, limpio-yo, escuela, talleres, movimientos, tiempo libre, créditos, familiar, cautelar, sentencia-firme, refundición, liquidación, abierto, cerrado, semiabierto, autonomía, protocolo, indicación, reducción, cacheo, separación, leve, integral, apertura, etc.

Esta etnografía sobre el internamiento en un centro de menores infractores es una revisión antropológica sobre lo que ocurre detrás de unos muros en los que conviven adolescentes, educadores, familias y profesionales de distinta índole durante unas etapas cruciales en la vida del menor. Una convivencia que configura este espacio de una manera peculiar y fundamental y que, espero, sirva para entender los principales desafíos de la sociedad actual frente a la desviación social juvenil. El castigo, el trato al menor de edad, la catalogación de éste o la recreación de una sociedad en miniatura, acotada y aislada de su entorno dentro de estos muros serán algunas de las características que aquí se presentan y en torno a las que reflexionaré; empleando siempre a la antropología como eje vector y a la etnografía como herramienta para su análisis.

Para ello, sitúo mi trabajo como etnógrafo en un centro de internamiento de menores infractores (en adelante CIMI) de Andalucía mixto que cuenta con internos masculinos, femeninos y medidas de terapéutico, donde mi labor como maestro me ha permitido conocer todas las actividades que allí se llevaban a cabo desde dentro como un miembro más de aquel grupo, que ha compartido, no solo aula y recreos, sino también hogares, tiempo de ocio, conversaciones y multitud de situaciones diversas. Debo aclarar desde el comienzo que a pesar de tratarse de un estudio localizado y unívoco, la diversidad de este centro (que cuenta con todas las posibles opciones), la estructura estándar de estos centros, la legislación común que los ampara

a todos y el funcionamiento similar respecto a vigilancia y estructuración hace que la selección de este espacio y el trabajo aquí mostrado pueda ser fácilmente extrapolable a cualquier otro centro y territorio.

Aparece así, reflejada más de una década de docencia y convivencia con los menores que se encuentran encerrados en un centro de internamiento de menores infractores. Jóvenes entre 14 y 21 años que han cometido un hecho constitutivo de delito lo suficientemente grave como para que se les condene a una medida de privación de libertad, se les recluya en un espacio cerrado —ya adelante que muy parecido casualmente a un instituto, una residencia, un cuartel o una mezcla de todas— y en el que se intentará reconducir su personalidad a través de actividades escolares, talleres y apoyo de especialistas como psicólogos, psiquiatras, médicos, trabajadores sociales y otros profesionales. En mitad de toda esa marabunta, el menor es internado y se le abrirán por delante unos meses o años de incertidumbre y cambio en los que pasará por diferentes etapas. Etapas que son más o menos reconocibles para alguien que lleva allí más tiempo que ninguno de ellos y que trataré de reflejarlas oportunamente en este trabajo.

Desde esta perspectiva, el primer reto que se me presentaba por delante, como en todas las etnografías, era construir el objeto de estudio para, después, poder abordarlo convenientemente. Para ello, he tomado al menor como elemento central y protagonista de todo el internamiento, abordándolo desde diferentes enfoques teóricos y refutándolo con mis propias observaciones, creando un corpus teórico que se mostrase tanto como el resultado de la investigación como material para futuras revisiones, empleando para ello diferentes perspectivas, desde la antropología de la educación hasta la teoría de roles pasando por el enfoque de la dominación o el uso de la violencia. Una propuesta con la que abordar íntegramente el internamiento.

Y de todo esto surge esta etnografía, de la intención de retratar qué pasa allí dentro, qué viven los menores en su interior, cómo entienden el internamiento y cuánto difiere de la percepción que el resto de la sociedad tiene de este espacio o lo que la ley dice que debe ser. De ahí que esta etnografía se centre en el menor como protagonista y deje en un segundo plano —con la importancia lógica que tienen en toda película los secundarios— a otros actores como educadores, familia o entorno y que serán empleados para reflejar convenientemente las escenas que deseo transmitir.

Este trabajo comenzó a tomar forma bajo los ropajes propios de una tesis doctoral pero es mucho más que una consecuencia de esa labor. He rescatado los entresijos que no encontraron cabida en ella, he sumado los artículos que se desprendieron de ésta y he incluido todos los recuerdos, anécdotas y conversaciones posteriores que, creía, debían aparecer en una publicación de otro tipo, en la que mostrar de manera certera y casi divulgativa lo más

profundo del internamiento. Se trata de un formato totalmente diferente donde le he dado una última capa de revisiones y retoques a mis dataciones, he cortado, añadido y cambiado el enfoque; he incluido otros ejemplos y apartados que creía fundamentales —y que no tenían cabida en ese formato de trabajo académico— y he añadido las últimas conclusiones fruto de la madurez investigativa, desembocando en algo totalmente distinto. Un nuevo trabajo en el que mostrar las impresiones etnográficas en torno a un centro de internamiento.

Tal como decía L. Strauss en *Tristes trópicos* (2017 [1955]), hacer etnografía lleva aparejado un viaje y una aventura que nada aportan al trabajo, pero sí que nos darán indicios de su rigor. Esas enfermedades autóctonas, viajes apesadumbrados, aventuras y desventuras que acompañan al trabajo no confieren en grado alguno un galardón a la labor como etnógrafos y deben tratarse como daños colaterales y simples evidencias de nuestra observación participante, como meros accidentes que entorpecen nuestra labor, pero, al mismo tiempo, nos confirman que el trabajo de campo se ha realizado con honestidad y rigor, que la inmersión ha sido profunda y real en el lugar de observación. No deben aparecer en nuestra teoría pero deben fundamentarla. Y como testimonio de esto, quedarán en mis espaldas (y en mis brazos) las diferentes vacunas y pruebas del mantoux, hepatitis c, pitiriasis rosada de Gilbert, sarna y otras afecciones que bordeé con éxito durante el trabajo de campo y que de esa manera dan fe de esa inmersión en el centro de menores. En definitiva, mañanas, tardes y algunas noches de las últimas décadas que me han hecho conocer en profundidad todas las perspectivas del internamiento.

En ese sentido, mi presencia aquí durante estos últimos años me ha hecho testigos del paso de tiempo, y con él, la transformación del perfil del menor infractor. He conocido los últimos vestigios del menor delincuente, aquel que tantas veces hemos visto en el cine quinquí, del que todos tenemos una imagen mental y podemos reconocer fácilmente; también asistí al internamiento de los hijos de la bonanza, aquellos a los que la crisis les había azotado en una adolescencia que venía precedida por una infancia dadivosa, esos que tuvieron todas las videoconsolas del mercado y el viaje e *eurodisney*, no teniendo ahora sus padres dinero para sus drogas y fiestas de pubertad. Poco a poco, han ido desembarcando también los menores con estudios y con unos delitos diferentes, malos tratos más refinados, ciberbullying o acoso sexual y también éstos han ido dando paso a otra generación de jóvenes diferentes —esa que llaman la generación Z— que ahora ocupa las habitaciones de estos centros de internamiento. Como me decía uno de ellos, los tiempos cambian pero esto sigue lleno, en cada momento a su manera, de menores que entran y que salen y a los que yo, durante más de una

década, he observado, les he planteado las mismas preguntas y he seguido en sus actividades. Todo ello con la intención de conocer el significado y los procesos culturales que allí se producían, en definitiva, indagando sobre el sentido social de este proceso.

Y este cuestionamiento se ha realizado a lo largo de más de una década en la que he desempeñado mi labor como docente allí dentro, y esta inmersión, sumada a la formación como antropólogo ha dado como resultado una posición suficientemente aposentada como para lanzar esta etnografía. Un trabajo de síntesis en el que mostrar someramente los comportamientos, observaciones y anotaciones que se han recogido durante todo este tiempo y en el que la observación participante unida al estudio cuantitativo y cualitativo me ha permitido obtener una imagen global y holística del centro y de los menores, un entendimiento de estos y su devenir en el internamiento, desde sus confidencias hasta sus gritos, comprendiendo lo que dicen y también lo que callan.

Por otro lado, he empleado la etnografía entendida como un estudio profundo de una comunidad cultural, como análisis exhaustivo de los procesos culturales y herramienta exclusiva de la antropología y que me ha servido aquí para diseccionar cada uno de los elementos que he considerado necesarios y básicos para el entendimiento de este entorno. Mi modo de proceder ha sido el relato etnográfico, buscando el punto de vista *etic* con el que analizar, al modo clásico, cada una de las esferas fundamentales de este entorno, salpicándolo con retazos *emic*, con los que ilustrar estas descripciones.

Respecto a la estructura, he sopesado diferentes opciones —dependiendo del contexto y objeto de estudio, se debe elegir una estructura narrativa frente a otras—, de ahí que, al final, me haya decantado por una forma clásica de esferas culturales con las que diseccionar la realidad del centro de menores, mezclada con fragmentos de narración literaria e incluso a veces de ficción metafórica. Al igual que en algunos casos en los que se realizan entrevistas en profundidad y son las propias historias de vida las que organizan el texto, articulando su recorrido narrativo o en aquellas otras etnografías en las que se reflejan los viajes o rutas y son esos mismos recorridos los que dan sentido a la obra y permite dividirla por capítulos, aquí, al enfrentarme directamente a un escenario acabado y en pleno funcionamiento, he decidido orquestar todo el texto con las etiquetas clásicas de la etnografía, a modo de tribu exótica a la que se llega remando desde la barca y a la que se encuentra en pleno devenir diario, chocando de lleno con ellos y organizándola mentalmente de alguna forma para poder plasmarla por escrito. De esta manera, las etiquetas que aparecen latentes bajo los epígrafes de cada capítulo corresponden a la terminología clásica de economía, territorio, política, religión, etc. si bien, como decía más arriba, esta estructura la ayudaré de retazos de narración

literaria con la que hacer más fiable y certero todo lo mostrado. Todo con el objetivo de construir un discurso fidedigno con el que responder de manera precisa a lo que allí ocurre, se dice que ocurre o debería ocurrir.

En definitiva, he usado todos los recursos que tenía a mi alcance para retratar esta realidad, a veces acercándome con la intención de tener una precisión quirúrgica en la descripción, otras, alejándome con ínfulas de escritor que rememora y reconstruye sus recuerdos con el propósito de trasladar esos significados de manera metafórica y precisa, pero siempre, guiado por una intencionalidad científica y con la etnografía como faro constante.

Junto a esta estructura interna, la división en capítulos que se presenta sigue un eje basado en el desarrollo cronológico de cualquier internamiento con el que he intentado dotar de sentido la narración. Comienza con el ingreso, sigue con el bache inmediatamente posterior que todos los menores atraviesan —la meseta intermedia del cumplimiento de medida—, en el que aprovecharé para mostrar otros conceptos relacionados y fundamentales para pivotar entre antropología e internamiento, y terminaré con el tramo final de la medida y su puesta en libertad.

Finalmente, no debo acabar este apartado introductorio sin agradecer su ayuda a todas las personas que me brindaron su apoyo de una u otra manera a lo largo de todo el proceso de elaboración de este texto. Comenzando por los compañeros que encontré en el CIMI, buenos profesionales con la «humanidad a flor de piel», a los menores que aguantaron mis preguntas y mis chistes malos en clase y a todos los trabajadores que de una u otra manera acabaron envueltos en la atención a estos chicos: la gente de educación compensatoria, jefaturas de estudios de todos los institutos por los que pasé (en el IPEP aún tenemos algún café pendiente), planificación escolar y todas las asociaciones que impartieron talleres y otras actividades durante mi docencia. En el ámbito académico, a E. Soria, que seguirá siendo mi director vitalicio manque a él le pese (que mala idea tuviste aceptándome), a mi compañero de despacho, J. de Dios López, que en mitad de toda la marabunta de docencia universitaria no tuve otra ocurrencia que pedirle que se leyese el boceto del texto y a todos los compañeros y compañeras de departamento y facultad, que me ayudaron a sobrellevar todos los fregados en los que me metía.

Y a Ina, sin ella este proyecto no habría llegado a buen puerto, de hecho, ni se habría botado el barco para el trayecto. A todos ellos, mil gracias.

Etnografía. Algunas aclaraciones previas y necesarias

El chaval entra en el *Centro de Internamiento de Menores Infractores (CIMI)*, generalmente esposado —con los *grilletes* que llaman allí— y con la policía haciendo todos los trámites y papeleos, llevándolo desde el juzgado al *CIMI*. En el momento en el que pasa al *cuarto de registros*, se convertirá en un *menor infractor* y comenzará todo el jaleo. Se le hace un *registro*, se le quitarán todas las pertenencias y se le entregará *ropa de centro* (un chándal y unos zuecos de goma, con los que estará los primeros días hasta que vaya cogiendo *privilegios* —derechos a tener más pertenencias y permisos— y tenga su propia ropa). Allí, se rellena una ficha con sus datos y empieza a prepararse su *expediente*, se le pasa a *ingreso* —el *hogar* que es como le llaman (es decir, el pasillo con las habitaciones y un salón al fondo)—, se le ofrece la posibilidad de una *llamada de cortesía* por teléfono a la familia y se le asignará un *cuarto* que prácticamente no tiene nada (una estantería de obra y una cama anclada al suelo) y con el baño comunitario fuera; aquí estará hasta que pase a alguno del resto de los hogares (que serán denominados *hogar 1*, *hogar 2*, etc.). Durante esos primeros días de *ingreso* —también se le denomina así a esta primera *fase* (las *fases* son las etapas en las que se ajusta proporcionalmente su medida, por las que irá atravesando según su comportamiento)—, se le empezarán a dar todas las *indicaciones* (órdenes de los educadores) y rudimentos que debe conocer (*limpieza* del hogar dependiendo del *cuadrante de tareas* que le asignará su labor, protocolos para las comidas, *movimientos* hacia el patio, tiempos de *escuela* o *talleres*, etc.).

Junto con el *seguridad* y al *educador*, también deberá conocer a todos los personajes que pasarán por allí: *maestro de escuela*, *maestro de talleres*, *jurista*, *psicólogos*, *tutores*, *coordinadores*, *trabajadoras sociales*, etc. y cada uno le pondrá al tanto de sus funciones y su labor con él.

Todo esto durante los primeros días, en los que se le explicará la *normativa* interna, aprenderá qué son los *créditos* (sistema de puntos/recompensa con los que se evalúa su día a día: uno por la mañana, otro por la tarde y un *bonus* si coge varios seguidos), las *fases* (cuanto mayor sea la *fase*, tendrá

más *privilegios*), el código sancionador: *correcciones educativas*, (tareas sencillas con las que reforzar una reprimenda), las *faltas leves* (pérdidas de *créditos* diarios), *graves* (pérdida de *créditos* anteriores) o *muy graves* (*retroceso a fase 0* con *apertura de expediente*), los *permisos* y *salidas* (salidas de *fines de semana*, *pernocta*, *salida educativa* o *permisos extraordinarios*), las *llamadas* y *visitas de la familia* y todos los comportamientos aceptados y permitidos.

En resumen, la conducta esperada y las sanciones por no tenerla. De este modo, en estas primeras semanas aprenderá lo que tiene que hacer y lo que no para coger *créditos*, el significado de *compañero* que aquí se usa para todos los menores, el de *maestro*, que también se usa para todos los que no son *menores* y el de pedir permiso cada vez que se va a hacer algo, ya sea levantarse de la silla, salir del cuarto o pasar al hogar. Así: «maestro me levanto», «paso al hogar» o «maestro, salgo del cuarto» serán empleados a todas horas, al igual que avisar a *control* (el *seguridad* que está en la centralita) para que autorice cualquier *movimiento*. Por cierto, a los *seguridad* no se les habla, sólo están por allí por si tienen que *intervenir* cuando el educador se lo *indique*, aunque luego alguna broma sí que se podrá hacer con ellos, que serán los únicos que las entiendan.

Y una vez que haya adquirido estos *hábitos* y no haya metido la pata más de lo normal, lo que suele llevar unos 20 días, pasará de *fase de ingreso a fase 1* y se incorporará con el resto de los menores a un espacio mayor, a otro *hogar*, donde hay habitaciones con baño propio y un salón común un poco mejor habilitado. Aquí, continuará con la misma cantinela: pedir permiso para todo, bajar con todos a desayunar, ir a la *escuela*, a los *talleres* (*artes gráficas*, *buerto*, *mantenimiento*, etc.), salir al *patio* con el resto del grupo y los *cacheos* entre una y otra actividad, coger *créditos*, aguantar los *registros* (revisión del cuarto, de sus pertenencias o de todo el centro), calcular el tiempo que le queda para pasar de *fase* y así poder pedir *permisos* o irse de libertad.

Así, irá calculando cuánto tiempo le queda para que salga su juicio si aún está en *cautelar* (pendiente de su juicio), cuánto tiempo falta para pedir una *reducción de medida* o un cambio a *abierto*, una *refundición* de todas las causas que tiene pendientes o comenzará a contar días para su libertad, tratando de evitar que le *corrijan* (pérdidas de *créditos* diarios), no *liarla* demasiado para ver si llega a *autónomo* (última *fase* en la que pueden moverse libremente por el centro) o no agobiándose mucho para evitar los *retrocesos* (pérdidas de *créditos*) o lo peor: la *intervención* y la *inmovilización* por parte del *seguridad*, que te *reduzcan*.

Y así, este menor *infractor*, que puede estar aquí dentro con una medida en *régimen cerrado*, *semiabierto* o *abierto* lo que también le condicionará para cambiar de *fase* y salir a hacer alguna actividad al exterior (escuela, prácticas u otra formación) o incluso con una medida de *internamiento terapéutico* (por *tóxicos* o *mental*) lo que conllevará más charlas de psicólogos, psiquiatras y medicación, irá poco a poco cumpliendo su medida y pasando de *menor infractor* a *joven resocializado*.

Chabolo, patio y escuela es una etnografía sobre el día a día en un centro de internamiento de menores infractores. Un ensayo en el que se intenta desenmarañar el significado que tiene para los jóvenes el cumplimiento de una medida de privación de libertad.

Bajo una estructura similar a la del cumplimiento de una medida, el autor, que trabajó como docente en uno de ellos durante más de una década, analiza los principales aspectos del internamiento. Con un lenguaje claro y divulgativo, se muestran todos los procesos culturales que allí dentro ocurren, desde el ingreso hasta la puesta en libertad, pasando por las inmovilizaciones, permisos o recursos. Con la antropología por bandera y apoyado en los enfoques culturales de la desviación y la exclusión social, las relaciones grupales, el cuerpo como objeto cultural o la violencia estructural se describen los principales escenarios y situaciones representativas de una medida judicial para un menor de edad.

Una obra etnográfica que sin duda resultará interesante para estudiantes de criminología, profesionales de la justicia, antropólogos, padres y madres con menores internos que quieran conocer con mayor profundidad lo que ocurre allí dentro e incluso a otros sectores como el periodismo o lectores en general que se interesen por este mundo que, de vez en cuando, suele saltar a primera línea mediática.

Un ensayo para entender quién es el menor infractor, cómo es una medida judicial y todo lo que le ocurre dentro de los muros de un centro de internamiento.



COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-149-7



9 788413 691497